

de este hombre audaz, que fingiéndose el más sumiso de los súbditos del sultán, no hacía más que minar su autoridad en el distrito de su mando hasta hacerse temible á sus jefes, que preferían creer que podían disponer de un súbdito disciplinado á saber que ya no lo era.

Cuando Alí vió á los franceses en Egipto, comprendió que la guerra entre Turquía y Francia era inminente y entonces, á la vez que afirmaba su lealtad desoyendo las brillantes proposiciones que le hacía Bonaparte, se disponía redondear su Estado haciéndose la ilusión de que llegaría á conquistar las islas Jónicas, logrando en efecto apoderarse de la plaza fuerte de Bontrito, batir á los franceses en Nikopolis, destruir á Preveza, y llegar casi á tener entre sus manos á Parga, pero Corfu le escapaba y esto que en realidad estuvo á punto de pasar á San Mauro.

Ingleses y rusos le hicieron desistir de su empeño, y le indemnizaron dándole carta blanca sobre Berat, en donde mandaba su suegro á quien expulsó sin acordarse para nada que era el abuelo de dos de sus hijos,—1810.—De modo que por este tiempo Alí mandaba por el sultán, pero en realidad sustraído á su autoridad, desde Durazzo al golfo de Arta y sobre toda la antigua Grecia, excepción hecha de Beotia y de la Atica.

Sus hijos Monkta y Veli poseían los pachaliks de Lepanto y de la Morea, y Veli hizo cuanto pudo para que se le confiriera la dignidad de kapondan-pachá, pero el sultán no quiso tal almirante para sus escuadras, bien convencido de que el día que Alí pudiera disponer de una escuadra se declararía independiente. Como Alí apenas sabía turco, cuya lengua no hablaba ni escribía casi nunca, en Constantinopla se creía formalmente que Alí aspiraba á restaurar la Illyria y el Epiro, de modo que se esperaba de un momento á otro en Scutari, cuya ciudad se temía que atacara.

Era de este usurpador, de quien decían los ingleses «que había elevado á sus albaneses á la altura de las más poderosas naciones de Europa,» y á quien llamaban los griegos «el nuevo Pirro,» pues todo el mundo desconfiaba de él, y se le halagaba tanto como se le temía.

Sólo su gloria parecía eclipsarse delante de la de Mehemet-Alí, modesto empleado de una dirección de hacienda que sentía arder en su pecho la pasión de las conquistas y que creía poder llegar donde un Alejandro ó un Napoleón.

No pudiendo resistir el tedio de la oficina, aceptó con el mayor placer el puesto que le confirió el

governador de Kavala al lado de su hijo, que con el contingente militar de aquel distrito pasaba á Egipto á combatir á Bonaparte, y la tierra de los Faraones le vieron desembarcar junto con los trescientos hombres de Alí-Aga. Derrotados los turcos en Aboukir, Alí regresó al lado de su padre, quedando Mehemet-Alí al frente de los restos del contingente de su gobernador.

Mehemet, que observaba una línea de conducta severa en Egipto y que entraba en los combates con tanta sangre fría como ardor, no tardó en ser notado y recomendado, como un hombre de mérito, al nuevo gobernador turco de Egipto, Khosrev-Pachá. Pero no tardó Khosrev en apercibirse de que Mehemet le seguía sus pasos ambicionando su puesto; pero Mehemet, que en realidad aspiraba á él, no se adelantaba tanto como suponía el gobernador, pues el rumelista lo que hacía era empujar á Tahir-Pachá, el jefe de los albaneses, quien levantó al fin las tropas contra el gobernador, con pretexto de los atrasos que se les debía. Mehemet comprendió desde luego que Tahir era hombre muerto, pues no había de poder cumplir lo que había servido para su elevación, y así esperó tranquilo su momento, que no tardó en llegar, pues en Mayo de 1803 murió Tahir asesinado por sus soldados que le reclamaron sus pagas.

Mehemet-Alí llegaba, pues, á ocupar el primer puesto, sin haber soliviantado á los soldados para ocuparlo, pero ahora lo difícil para él era el mantenerse en su posición doblemente precaria por la indisciplina de su ejército y por su ninguna notoriedad delante del sultán. Comprendió que era para él necesario hacer algo sonado y se resolvió á la terrible empresa de aniquilar á los mamelucos, á esos genizaros del Egipto al que tenían aterrado.

Combatirlos de frente era arriesgado, traicionarlos era mejor, y al efecto principió por unirse con sus beys que le dieron de momento fuerzas y empuje para apoderarse de Khosrev, que se había retirado al Cairo, y del nuevo gobernador que la Puerta había mandado á Egipto.

Arriesgada era la partida que jugaba Mehemet, pues odiados los mamelucos por el resto del ejército, apoyarse en ellos era hacerse gran número de enemigos; así tenía de comportarse de manera que sin comprenderlo los mamelucos, pudiera confiar en Mehemet el resto de las tropas otomanas.

El jefe de los mamelucos, el anciano Ibrahim Bey había creído observar algo peligroso para él y los suyos y resolvió proveer á su seguridad. Descu-

bró Mehemet sus planes y antes que pudieran realizarse, atácales en el Cairo y repone á Khosrev, su prisionero, al frente del gobierno. Con esto Mehemet se lavó de la mancha de querer conservar una autoridad en Egipto, que nadie le había conferido, que de sobras comprendía que los albaneses no dejarían de querer vengar á Tahir deshaciéndose de Khosrev, como sucedió, en efecto, eligiendo para gobernador de Egipto al de Alejandría, que andaba en cuestiones con los mamelucos.

Las tropas neutras, por lo contrario, se declararon por Mehemet, y éste apoyado por Francia obtuvo entonces de la Puerta el nombramiento de gobernador de Egipto. Fuerte ya con su autoridad legal, se dispuso á hacerla respetar, reuniendo á su lado á todos los elementos sanos del ejército, mientras continuaba teniendo fija su atención en los que podían ser á cada momento el instrumento de su ruína.

Habiéndole encargado el sultán que procurase pacificar la Arabia, perturbada por la insurrección de los vahabitas, Mehemet comprendió que podía sacar partido de esta expedición para asegurar su posición, deshacerse de sus enemigos y dar lustre á su nombre.

Dispúsole todo para emprender la marcha á Arabia, y en su consecuencia hizo concentrar sus fuerzas en varios puntos, mandando á los mamelucos que pasaran al Cairo, señalándoles para su cuartel, nada menos que la ciudadela de la ciudad. Acudieron éstos en número de cuatrocientos sesenta,—Marzo de 1811,—y al darles un día la orden de marchar éstos salieron confiados, viéndose á poco encerrados dentro de un camino estrecho y hondo de la ciudadela, que de pronto coronaron los soldados de Mehemet, que mataron á tiros á aquellos cuatrocientos sesenta hombres, sin dejar que ni uno solo escapase con vida.

Indudablemente este acto de gran osadía hubiérale bastado para acreditarse Mehemet con su soberano y para imponerle en su gobierno de Egipto, pero el astuto rumelista quiso mostrarse vasallo sumiso y lanzar la expedición contra los vahabitas.

Principiaron los vahabitas, secta religiosa, fundada por Mohamed-ben-Abd-el-vahab á agitarse en el primer tercio del siglo XVIII. Como todos los reformadores, Vahab tronaba contra la corrupción de las costumbres y los ultrajes inferidos á la religión, de modo que su doctrina no era más que una vuelta al rigorismo mahometano. Vahab pudo antes de fallecer,—1787,—ver á su doctrina dominar casi por entero á la Arabia. Dominados los vahabitas del espíri-

tu de proselitismo y de conquista, que alienta á todas las sectas religiosas en sus principios, marcharon los vahabitas á la conquista de Bazra y de Bagdad, á primeros del siglo, lo mismo que sobre la Meca y Medina. Era, pues, necesario sofocar ese movimiento que podía causar la disolución de Turquía.

La Meca había caído en poder de los vahabitas cuando Mehemet mandó á su reconquista á su hijo Toussoun, muchacho de diez y seis años, que fracasó en su primera campaña, pero en la segunda consiguió recuperar la Ciudad Santa enviando al sultán las llaves de la ciudad.

Pero mal lo hubiera pasado Toussoun estrechado por el jefe de los vahabitas Souhoud II, si Mehemet Alí no saliera en su auxilio,—1813.—Libertado su hijo, fué á su otro hijo Ibrahim á quien confirió Mehemet el encargo de dominar á los vahabitas á quienes él estuvo dando duros y repetidos golpes durante tres años, y aunque Ibrahim principió mal en 1817, repúsose y consiguió al cabo,—1818,—apoderarse de Abdallah, hijo de Souhoud II, que fué enviado á Constantinopla, en donde fué ejecutado.

Mehemet, pues, se había portado hasta aquí como el mejor de los vasallos. Había establecido el orden en Egipto y había aniquilado á los vahabitas que durante un siglo habían tenido poco menos que sustraída la Arabia á la autoridad del jefe de los creyentes, pero si en Constantinopla no se comprendía aún que en Egipto había aparecido una dinastía nueva, Mehemet se encargó pronto de hacer saber que el Cairo no entendía estar sometido en absoluto al sultán, y que bien merecía la ciudad del Nilo ser centro de un vi-reinato.

Otras usurpaciones tuvo aún que sufrir la Turquía en ese período para ella de verdadera descomposición.

Los montenegrinos,—que acaban de casar á su príncipe heredero con una hija del tsar de Rusia,—lograron á últimos del siglo pasado, afianzar su independencia derrotando por dos veces al pachá de Scutari que había querido aniquilar el minúsculo estado del príncipe-obispo,—vladika,—Pedro Petrovich Niegosch; estos triunfos, la posición excéntrica del Montenegro y sus reducidas fronteras, hicieron que la Puerta no se empeñara en someter á los rudos montañeses que tan bien sabían defender la independencia, quedando ésta de hecho asegurada, pues rotas las leyes de subordinación con que habían estado unidas al pachá de Scutari, se puede asegurar que desde esta fecha,—1795,—los Tchernagovzes existen como nación.

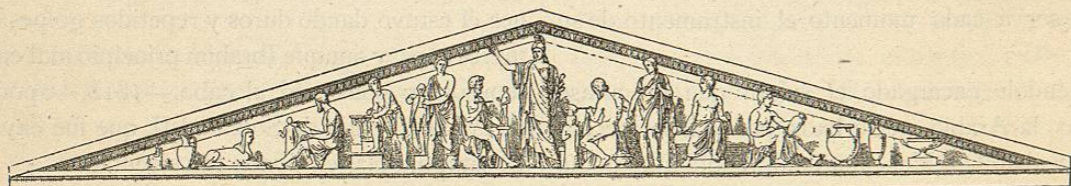
¡Quién sabe lo que hubiera sido de ellos, si en vez

de atacarles el pachá de Scutari, les hubiese atacado su otro vecino el pachá de Janina! Pero éste se había enzarzado desde 1790, con los Souliotas-Albaneses cristianos de la tribu de los Tehanes, que habían conseguido mantenerse independientes encastillados en lo alto de las montañas sombrías y terribles que dieron á la mitología antigua el Acheronte y el Cocyto que por entre ellas serpentean.

Alí había lanzado por aquellos ásperos montes en 1790, un cuerpo de tropas que fué destrozado por los souliotas, y como Alí ponderó su desgracia como habiéndole acaecido para libertar á griegos y albaneses de las rapiñas de los que desde sus altos é inexpugnables castillos descendían de improviso como las águilas para hacer presa en los valles; griegos y albaneses tomaron las armas y se lanzó al

frente de veinte mil hombres al asalto de sus madrigueras teniendo la buena suerte de poder comprar á Georgio Bolsadi, á quien sus compatriotas le habían dado el encargo de que les fuera á comprar municiones.

Durante cuatro años, de 1800 á 1803, no se pasó día sin que el Acheronte llevara realmente al otro mundo centenares de muertos, y si valiente era el ataque, la defensa era heroica. Pero el número pudo más que el valor y las defensas naturales, y uno tras otro fueron cayendo los castillos de los souliotas en poder de Alí, haciéndose saltar á veces sus defensores con ellos antes que entregarlos á su odiado enemigo, ayudándole muchas veces la traición como sucedió con el fuerte Souli, que era la clave de la resistencia de los souliotas,—26 de Setiembre



Las artes.—Frontón de la Glyptothek de Múnich (obra de Wagner, 1773-1858)

de 1803,—dándose entonces el ejemplo sólo digno de compararse con los días de Numancia, de que las madres estrellaran á sus hijos en las rocas de los precipicios que fueron luego su propia sepultura, antes de que unos y otros pasaran á ser esclavos del vencedor.

Cuando de todo esto se tuvo conocimiento en Europa, la admiración por ese acto desgraciado de la gente griega fué tan grande, que los más gloriosos hechos de la antigüedad helénica quedaron eclipsados por el glorioso fin de los souliotas, de los que muchos perecieron después de haber capitulado asesinados por su vencedor.

Estos entusiastas ditirambos en honor del pueblo griego que aún vivía, hicieron estremecer de entusiasmo á Grecia entera, que se juró emular á los souliotas para reconquistar su independencia, de modo que todo venía ahora á contribuir á despertar el antiguo valor helénico y la esperanza de poder conquistar por sí solos su perdida independencia.

Ya hemos dicho que los servios habían llegado á la desesperación con las crueldades de sus gobernadores. Resueltos á no sufrir más, tomaron las armas y se arrojaron sobre ellos y los encerraron en las plazas fuertes con gran contentamiento del sultán,

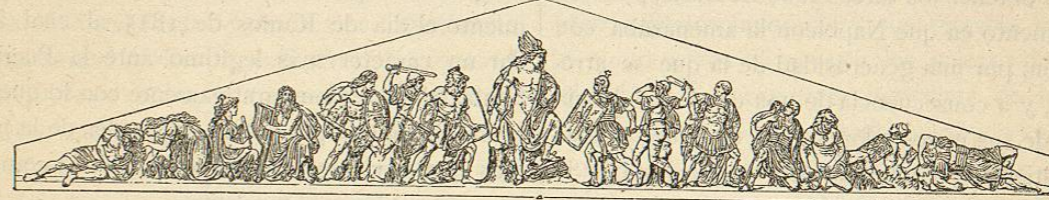
que les dejó hacer porque así le libertaban una provincia de sus malvados genizaros. Pero los servios sabían que nada habían hecho si no poseían las plazas fuertes del país, y se las pidieron al sultán junto con un régimen político parecido al de los principados. El sultán no podía acceder á esto último de buen grado, ni entregarles una plaza fuerte como Belgrado. Dióles, pues, orden de que se sometieran, y como esto los exponía á caer de nuevo en manos de sus opresores, resolvieron jugar el todo por el todo, y aprovechar la ocasión que les ofrecía la guerra entre la Puerta y Rusia á que la había arrastrado, como ya hemos dicho, Napoleon en 1806, para abandonarla tan vilmente en Tilsit en 1807.

«En estas circunstancias, los servios no solo consiguieron purgar á su país completamente de los turcos,—mediados de 1807,—sino que les fué posible tender la mano á los montenegrinos y levantar á los bosniacos; aparecieron, pues, como vencedores en Bosnia, y en Mesia hasta Novibazar, ciudad que forma la principal comunicación entre la Bosnia y Romelia. Si en este momento los bosniacos, atrincherados detrás de sus defensas naturales que se relacionan con Romelia por algunas colinas que permiten pasar de un país á otro; si los bosniacos, decimos, cubiertos sus flancos por servios y monte-

negrinos se hubieran lanzado á conquistar su libertad, el incendio que ya estaba encendido entre los griegos habría estallado por ese tiempo; y como las fuerzas de los turcos y de los albaneses estaban distraídas de su fin y divididas, todo el Noroeste hubiera podido sacudir fácilmente el yugo de Turquía. Pero la parte Servia de la antigua población de Mesia había emigrado desde 1690 reemplazándola los albaneses desde 1740, y estos como los bosniacos estaban divididos entre sí y poco acostumbrados á los cálculos políticos: el odio contra los servios llevólos en su mayor parte del lado de los turcos.

«Así, no solo esta conquista resultó inútil y el levantamiento contenido desde un principio, sino que todo el país servio, de Niche á la Morava, fué ocupado por los turcos,—1809,—y hubiera sido de

nuevo sojuzgado á no acudir los rusos en su auxilio. Las divisiones interiores que devoraban al país fueron la causa de ese cambio de fortuna. Desde el principio de la lucha, los servios habían buscado un jefe dictador,—1804.—Los tres hombres sobre quienes se había concentrado la elección, habían rehusado con una modestia aparente; los motivos de su negativa eran aún más equívocos que no lo fué su ambición, que tantos nombres mancilló en la época de la insurrección griega. Stanoi Glavach no encontraba propio que un heidouque ocupara el primer puesto de la nación. A Theodori (de Orachat), que deseaba que se eligiera un jefe á quien se pudiera abandonar fácilmente caso que las cosas fueran mal, no le parecía bien que un Knese se pusiera á la cabeza de partidas de bandoleros: Kara



Batalla de los héroes en el frontón de la Walhalla de Múnich (obra de Schwanthaler)

Giurgio,—Jorge,—que se dejó convencer y se presentó candidato, advertía á los electores que se guardaran de él, pues siendo su temperamento irascible, no podía soportar ni la contradicción ni la desobediencia.

«Tal era, en efecto, ese hombre de talla gigantesca cuyo apodo servio *Czrmi*, como el apodo turco *Kara* y el griego *Mavros*, mejor que el color de su rostro, designaban su actividad enérgica y viril. Como tantos otros hombres de esta nación, hijos de la naturaleza y dotados de exuberancia de fuerzas y de salud, se había entregado sin reserva al vino y á las mujeres, gustando por la noche danzar y beber, entregándose fácilmente entre los placeres del vino, á los caprichos de una barbarie más que turca, que asustaban. Siempre en la cintura su pistola, su terrible arma de represión y de venganza, servíase de ella para desembarazarse de los recalcitrantes sin otra forma de proceso, como lo hizo con el Knese Theodori que fué una de sus primeras víctimas. Un día que huía perseguido por los turcos, impuso el mismo castigo á su anciano padre que no quiso acompañarle en su huida; otro día hizo ahorcar á su hermano por haber violado á una muchacha y prohibió á su madre que le llorase.

«Esos hechos parecidos á los de Milosch en los

primeros tiempos de su reinado, recuerdan de todo punto á los viejos tsares rusos que ejercían las mismas crueldades, aceptadas sin murmurar por sus bárbaros súbditos. Dotado por la naturaleza del más grande genio militar, hacía, sin embargo, la guerra con una barbarie inútil; en los negocios civiles se conducía como un tirano. Habíase creado un Senado encargado de dirigir la administración y de hacer ejecutar las leyes,—1805,—pero habiéndose llenado muy pronto de gentes que no eran más que las hechuras de los diferentes jefes militares y de los de distrito, esta asamblea no tardó en caer bajo el régimen del sable de Kara Giurgio, el más considerable de todos los voivodas, á quien rodeaba un numeroso escuadrón de caballería de la Choumadia. Ese régimen excitó contra él sus adversarios, quienes, prevenidos los protectores rusos en su contra, se aprovecharon de los desastres de la guerra de 1809 para arrojar á su partido del Senado,—primeros de 1810.

«Con esto vióse obligado el dictador á ponerse á merced de Rusia... pues como tampoco quería escucharle Francia, no le quedó más recurso que celebrar con los rusos una alianza que dió por resultado el que éstos le ayudaran en la brillante campaña de 1810, en la cual batió á los turcos en Vazvasin,